

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 16'40 id.—Número suelto, 0'05 cts.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condición.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

El Instituto geológico

La «Gaceta» publica un Real decreto creando el Instituto Geológico. Serán sus funciones, además de las que competían á la comisión del Mapa geológico, á la que viene á sustituir el nuevo organismo, la formación de colección de minerales, rocas y fósiles, materiales de construcción y preparaciones micográficas y el suministro, á los particulares que lo soliciten fundadamente, de copias, documentos y datos de colecciones.

El progreso tiende á exteriorizarlo todo y echar al aire lo que en el interior vaya, y aquello de que se ve el paño en el arca se vende, será un mito.

Los «sports», al aire; los trabajos, al aire; las escuelas, al aire; todo, al aire; por eso las modas femeninas van evolucionando también.

Fabio Alés.

Desastres de la aviación

Telegráfin de Colonia que el dirigible «Erbalce» ocupado por cinco conocidísimas personas, después de realizar magníficos vuelos se elevó á considerable altura.

El aparato no respondió á la maniobra, cayendo rapidísimo y destrozándose.

Los aviadores quedaron aplastados.

El suceso produjo enorme impresión.

Se ignoran las verdaderas causas de la catástrofe.

Algunos aseguran que se paró el motor y otros que estalló.

Las víctimas son:

El aeronauta Oscar Erbalceis, vencedor en el concurso de la copa Gordon-Bonnet en 1907 y cuatro ingenieros.

El dirigible fué construido en 1909 y tenía 3.000 metros cúbicos de capacidad.

¡Qué monísima!

—(o)—
A Victoria Posch y Parnis

seando verte de largo porque pensábamos que con tu traje de cola, con tu peinado ya de mujer ibas á estar encandorada y no nos hemos equivocado; tu carita preciosa, tu cuerpo delicado de formas que se adivinan hacen que al felicitarte nos felicitemos nosotros también los admiradores de lo bello, porque en tí vemos al verdadero tipo cartagenero, á la deliciosa criatura de sangre meridional, de ojos de fuego, de boca juguetona de... la mar de cosas que son otros tantos encantos que posees.

Que en la nueva fase de la vida en que has entrado veas la realización de tus sueños.

P. p. P.

Habiendo cometido varios engaños Cristóbal Ferri Fernández, tomando el nombre de la Compañía «El Día», advertimos al público que este individuo es completamente ajeno á dicha Compañía, debiendo desconfiar de los manejos de que se vale para sorprender la buena fe de los asegurados.

Por la Compañía «EL DÍA»
El Director Gerente,
Luis de Aguirre.

Carne buena y barata

En diferentes ocasiones nos hemos ocupado de la carestía que sin razón justificada, tienen en Cartagena los artículos de primera necesidad, señalando entre ellos la carne que puede considerarse aquí como un artículo de lujo al cual por su elevado precio no pueden aspirar ciertas familias.

Ahora, según tenemos entendido varios industriales comprendiendo que puede venderse buena carne con una notable rebaja de los precios que hoy tiene, tratan de abrir algunos establecimientos en donde expendrán carne buena y barata.

Celebramos de todas veras el acuerdo tomado por dichos industriales y seguro es que el resultado que han de obtener en el negocio será favorable pues desde luego parte del público que hoy se ve privado de comer carne por sus fabulosos precios acudirá á los nuevos establecimientos y ya lo dice el adagio, que en el vender está la ganancia.

EL BGO DE CARTAGENA se vende en Madrid en el kiosko de la calle de Alcalá, frente al Ministerio.

Notas municipales

La sesión de ayer.

Muy cerca de las cinco y media de la tarde de ayer dió comienzo la sesión municipal que fué presidida por el teniente alcalde señor Anaya asistiendo al acto los señores Moncada, Manzanares, Balibrea, Ortega, Aguirre, Jorquera, Carmona, Oliva, Doménech, Sánchez Arias (dos F.), Espín, López Monreal, Cisneros, Bonmatí, Romero, Madrid, Alcaraz, Carrion y Gómez Rubio.

Abierta la sesión el secretario dió lectura al acta de la sesión anterior que fué aprobada por unanimidad.

Después se dió lectura á la moción presentada por varios concejales en la anterior sesión proponiendo las cesantías del arquitecto é inspector del Ensanche y seguidamente á una enmienda suscrita por los señores Oliva, Espín y Doménech en la que se pide al Ayuntamiento respecto al señor Oliver acuerde que al formarse el nuevo presupuesto se acomode al plan general de economías como lo demás empleados y entonces será ocasión de señalar los arquitectos que han de continuar el servicio del Municipio.

En apoyo de esta dire que para separar á este arquitecto como á cualquier empleado técnico, como el señor Oliver, mediante concurso, se requiere la formación de un expediente en donde se expongan las causas que han de ser justificadas; que en ese expediente se ha de oír al interesado y después acordar el Ayuntamiento; pero que en el caso presente no puede ser el motivo suficiente el de la economía, pues durante el año, la ley á la cual ha de sujetarse la Corporación es su presupuesto, en donde siempre habrá la cantidad que se requiere para el sostenimiento de estos empleados.

El Sr. Oliva dió lectura á un párrafo del Real Decreto del Sr. Moret de Noviembre último que se refiere á la cesantía de dichos empleados técnicos.

El Sr. Carrion contesta al Sr. Oliva y entre ambos se suscita una larga discusión que termina poniéndose á votación la enmienda que se discute y fue aprobada por el cabildo por 13 votos en favor y ocho en contra.

Después quedó designado el síndico Sr. Bonmatí para otorgar poder al procurador en el pleito que sigue el Ayuntamiento con el Sr. Spottorno sobre

El Sr. Oliva pidió la palabra para una cuestión de orden y dice, que le sorprendía no se diese cuenta al Concejo de las comunicaciones que había recibido hace días el Sr. Alcalde revocando algunos acuerdos de esta Corporación y que figuraban en la citación que para la sesión extraordinaria se habían circularado entre los señores Concejales y que no había tenido lugar.

El Presidente contesta que no sabía nada de lo que acababa de decir el Sr. Oliva y entonces éste se cae al Sr. Secretario haga constar el acta su protesta por no haber sido cuenta al Ayuntamiento de las siguientes sesiones que habían sido señalados para la sesión extraordinaria que fué suspendida.

Oficio del Sr. Gobernador civil de esta provincia revocando el acuerdo tomado por este Ayuntamiento referente á dar por terminadas las relaciones de éste con la Banca Privée de París.

Otro oficio de la misma autoridad civil revocando también los acuerdos de la municipalidad de 9 y 16 de Febrero último, por los que se le impuso al contratista del alcantarillado la obligación de reedificar á su costa obras que no se encuentran comprendidas en el proyecto del contrato de aquéllas.

Otro oficio del mismo Sr. Gobernador, revocando también el acuerdo de este Ayuntamiento, sobre suspensión de pago de las obras ejecutadas por el contratista del Alcantarillado en el cuarto trimestre del año último.

El Sr. Oliva quiere también que se haga constar que él declina toda responsabilidad por esta omisión.

A lo dicho por el Sr. Oliva se adhieren los señores Carmona, Espín, Doménech, Ortega Manzanares, Sánchez Arias, López Monreal, Hernández, Moncada, Gómez Rubio, Jorquera y Balibrea.

Leído un oficio de la Præsidenta de la casa de Expositos, solicitando de la corporación un objeto para la feria que se celebra todos los años en feria, pide la palabra el Sr. Hidalgo de Cisneros proponiendo se siga la costumbre establecida.

El Sr. Oliva manifiesta que atendiendo á las razones económicas cree conveniente, toda vez que se trata de un asunto benéfico, que se haga una cuestión entre los concejales para que el Alcalde adquiera un objeto, sin perjudicar á la caja municipal.

Así se acuerda. Se acuerda pase á informe de la comisión del celador Juan Martínez, solicitando pensión.

Apruébase una moción firmada por varios concejales proponiendo que se indique al Gobierno, la conveniencia de instalar en Cartagena la Academia de Infantería ó la Escuela Naval, que parece se trata de establecer.

Y por último se aprueba también un expediente de pobreza de Pedro Hernández y otros.

Terminado el acto y según lo propuesto por el Sr. Oliva en el salón de la Alcaldía se reunieron varios señores concejales para abrir una subscripción con el fin de regalar un objeto para la feria de los Expositos, alcanzando la suma recaudada en el acto á sesenta y ocho pesetas.

Del extranjero

A Liaubeuf, como á Coradino, el desgraciado aspirante al trono de los dos Sicilia, le han salido varios Juanes de Prócida, de la honrosa clase de «apaches», dispuestos á todo por vengarle de la muerte que acaba de recibir en el cadalso.

En Caille, en San Quintín y en París, la policía se ha visto atacada rudamente por compañeros de oficio de Liaubeuf.

Con esto queda establecido el sindicato de los «apaches». «Todos para uno y uno para todos.»

En estos tiempos de sindicalismo, era de razón que se sindicaran también los bandidos.

El robo y el crimen como medio de vivir es un oficio como cualquiera otro, y más descansado y lucrativo que muchos honradísimos, que matan de fatiga y no dan de comer.

Se comprende, pues, que los «apaches», en bien propio y de una parte de la sociedad, vean porque la policía no eche á perder el oficio.

Después de todo, si roban y matan por robar no depende de ellos, sino de los que eligen por víctimas, que no suelten buenamente, graciosamente, el portamonedas.

Para el «apache», la violencia no está en él; está en los otros, que si tienen cinco duros se los guardan, como si Proudhon hubiese escrito para las goándrinas.

Una baronesa, cuyo nombre no recuerdo en este momento, pero cuyo físico me ha impresionado muchísimo pues es de una hermosura capaz de trastornar al hombre menos fuerte en una altura de cuarenta metros en el concurso de aviación de Betheny, y hasta hay esperanzas de salvarla.

Pero se ha roto las dos piernas y un brazo, y toda ella está llena de contusiones tremendas.

Es la víctima no se cuantas de la aviación, que por ahora no sirve más que para matar gente.

Pero el hombre es tan bestia que, precisamente porque mata, le gusta la invención.

Utilidad de momento, no le vé ninguno; pero como subir á un aeroplano constituye un peligro mortal, el que la navegación aérea tenga ó no tenga utilidad es lo que menos le importa. ¿Mata? Pues ya es bastante.

Hemos llegado á un tiempo que para ganar una fortuna no hay más que hacer que exponer la vida, pero con la condición precisa de que no ha de

—¡Pie á tierra!—repitió bruscamente, y obedecí.

El bosque era espesísimo desde la orilla misma del camino. Ocultamos nuestros caballos entre los árboles, les vendamos los ojos y permanecimos inmóviles junto á ellos.

—¿Quieres usted saber quiénes son?—murmuré.

—Sí, y á dónde van?

Entonces noté que su diestra empuñaba un revólver. Ofase cada vez más próximo el trote de los caballos. La luna brillaba en toda su plenitud y el camino se destacaba como ancha franja blanca. Nuestras cabalgaduras no había dejado el menor rastro sobre la tierra endurecida.

—¡Abi están!—murmuró Sarto.

—¡Es el duque!

—Me lo figuraba contestó.

Era el duque, en efecto, y con él un robusto gafián, á quien yo conocía, y que más tarde aprendí á conocerme á mí más de lo que hubiera querido; era Máximo Hoff, hermano de Juan el guardabosque y criado de Su Alteza. Se hallaban frente á nosotros; el duque detuvo su caballo y vi que el dedo de Sarto acariciaba el gatillo de su arma. Tengo para mí que hubiera dado diez años de su vida por pegarle un balazo á Miguel el Negro, á quien hubiera podido despatchar en aquel momen-

vez parecía próximo á perder su maravillosa serenidad.

Nos precipitamos por el corredor en dirección á la entrada del sótano. La puerta de la carbonera estaba abierta de par en par.

—Han descubierto á la vieja—dije.

—Eso ya lo sabía yo desde que ví los pañuelos—repuso el coronel.

Llegamos frente á la puerta del sótano, que estaba cerrada y, al parecer, en el mismo estado en que la habíamos dejado aquella mañana.

—Entremos, todo va bien—dije.

Me contestó una violenta imprecación de Sarto, cuyo rostro palideció á la vez que señalaba al suelo con el dedo. Por debajo de la puerta se extendía una gran mancha roja que cubría parte del pasillo del sótano. Sarto se apoyó en la pared opuesta á la puerta. Traté de abrir ésta, pero estaba cerrada.

—¿Dónde está José?—preguntó Sarto.

—¿Dónde está el rey?—fué mi respuesta.

El veterano sacó un frasco y lo llevó á los labios. Por mi parte volví corriendo al comedor y tomé del hogar una sólida barra de hierro, destinada á atizar el fuego. Lleno de terror, destinado, descarqué con ella fuertes golpes sobre la puerta y, por último, disparé mi revólver contra la cerradura, que saltó en pedruzcos y se abrió la puerta.

—Ya lo ha oído usted—dijo Sarto.—Le han mandado á decir que «todo va bien».

—¿Y qué quieren decir con eso?—pregunté.

—¡Dios sabe!—contestó Sarto frunciendo el ceño.—Pero es innegable que el mensaje lo ha hecho venir de Estrelsau en la mayor incertidumbre.

Montamos otra vez y tomamos el camino del pabellón con toda la rapidez que permitía el cansancio de nuestros caballos. No pronunciamos palabra durante aquel último tramo de nuestra jornada, y nos asaltaban mil temores. «Todo va bien.» ¿Qué significaba esa frase? ¿Le habría ocurrido algo al rey?

Llegamos por fin á la puerta del pabellón, en el que todo parecía tranquilo y silencioso. Nadie acudió á recibirnos, y desmontamos precipitadamente. De repente Sarto oprimió mi brazo.

—¡Mira usted!—exclamó señalando al suelo.

—¡Vi á mis pies cinco sets pañuelos de seda hechos tizas y me volví hacia él.

—Son los pañuelos con que ató á la vieja—me dijo.—Asegure usted los caballos y sígame.

La puerta cedió sin resistencia y entramos en la habitación donde habíamos cenado la noche anterior, en la que se veían aún los restos de la cena y numerosas botellas vacías.

—¡Adelante!—exclamó Sarto que por primera